El narcisista

- Cuando la persona con la que mantienes una relación resulta ser lo opuesto a lo que imaginabas -

Rocío Ramírez Montañez

EL NARCISISTA

— CUANDO LA PERSONA CON LA QUE MANTIENES UNA RELACIÓN RESULTA SER LO OPUESTO A LO QUE IMAGINABAS —

Rocío Ramírez Montañez

Avant
editorial

Primera edición, Enero de 2025
© Rocío Ramírez Montañe, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-15-4
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-5085-2025

Tendemos a pensar que la gente es buena, inherentemente buena. Creemos que si le das una oportunidad al psicópata todo irá bien. Y no es así. Los psicópatas juegan con esta ventaja. Postulan que los demás no vamos a creer que en realidad "ellos son así". Que buscamos alguna lógica, algo que pueda ayudarnos a caminar por ese sendero de sinrazón. Sus continuas mentiras, manipulaciones y argucias suelen dejarnos atónitos y ello explica nuestra incapacidad para creer que realmente son así. Lo que más difícil de aceptar para cualquiera que se enfrente a ellos es que no les importamos en absoluto y que tan solo nos ven como meros objetos o instrumentos para conseguir sus fines. Su problema no estriba en que el razonamiento lógico esté dañado. La lógica existe, aunque es perversa[1].

Robert Hare,
Psicólogo especializado en Psicología Criminal

No existen diferentes tipos de maltratadores. Los maltratadores físicos son, simplemente, maltratadores "poco eficientes". Los "buenos" maltratadores son los que maltratan tan bien que no necesitan pegar. Y es que no hay diferentes tipos de maltrato. Solo hay grados[2].

Miguel Lorente,
Médico Forense y Profesor Universitario Español

A todos los que de una manera u otra
me han conducido
a la publicación de este libro.

Índice

PRÓLOGO 13
Capítulo I. La llegada a Granada 16
Capítulo II. La rutina 20
Capítulo III. La infidelidad 22
Capítulo IV. El acercamiento 24
Capítulo V. La ruptura 27
Capítulo VI. Un poco sobre Sara 30
Capítulo VII. El encuentro 111
Capítulo VIII. La visita al teatro 114
Capítulo IX. La asamblea feminista 117
Capítulo X. La proposición de Sara 160
Capítulo XI. Su casa 165
Capítulo XII. El primer desencuentro 169
Capítulo XIII. La convivencia 172
Capítulo XIV. El lago paradisíaco 177
Capítulo XVI. La grabación 179
Capítulo XVII. La playa 184
Capítulo XVIII. El orgullo LGTBI 186
Capítulo XIX. Más problemas 189
Capítulo XX. Las vacaciones en Almería 191
Capítulo XXI. Las vacaciones en Granada 193
Capítulo XXII. El final del verano y la vuelta a la Universidad 196
Capítulo XXIII. La chica nueva 200
Capítulo XXIV. La nueva amiga 203
Capítulo XXV. El accidente y la otra amiga 206
Capítulo XXVI. El hospital 210

Capítulo XXVII. El nuevo incidente 212
Capítulo XXVIII. Más sucesos importantes 215
Capítulo XXIX. La traición de la cama 217
Capítulo XXX. El colapso 219
Capítulo XXXI. El 8 de marzo 223
Capítulo XXXII. El pub liberal 225
Capítulo XXXIII. La recaída 228
Capítulo XXXIV. Sara pide ayuda 230
Capítulo XXXV. La discoteca 232
Capítulo XXXVI. La negación 237
Capítulo XXXVII. El robo 241
Capítulo XXXVIII. El trío 244
Capítulo XXXIX. La promesa rota 247
Capítulo L. El fin 250
Capítulo LI. La despedida 252
Capítulo LII. La vuelta a casa 254
Capítulo LIII. La llamada mortal 256
Capítulo LIV. La quietud introspectiva 259
Capítulo LV. La reanudación 261
Capítulo LVI. La revuelta 263
Capítulo LVII. El reinicio 266
REFERENCIAS 379

PRÓLOGO

Dedicado a las que todavía os consideráis feministas:

Puede que te metas en el feminismo pensando que allí encontrarás a hombres «deconstruidos», convertidos en seres de luz.

Pero pronto te percatas de que algunos son pura fachada morada, llenos de misoginia por dentro.

Entonces crees que les faltan un poco más de «deconstrucción» y que los «pobres» no son conscientes de sus «micromachismos».

Así que a partir de ahora les enseñarás pacientemente, como cual profesora haría con sus queridos alumnos.

Pasan los años y te das cuenta de que no solo no dejaron su machismo atrás, sino que se volvieron aún más listos y audaces.

Llegada a este punto, has acabado por odiar definitivamente a los hombres porque piensas: «Si los "aliados" son de tal calaña, cuánto más los que están ahí afuera».

Ahora te diré que así es como terminarás siendo una misándrica o, lo que es lo mismo, «lesbiana política». E igual le pasó a la mayoría de las feministas con renombre.

Y es que, amiga, no viste que el movimiento feminista es el nuevo nicho donde los psicópatas, narcisistas y toda clase de depredadores encontraron su lugar. Aparte de gais y otros afeminados, pero esos son inofensivos (al menos para las mujeres).

Pues, ¿quién osaría sospechar de un aliado? Menos todavía si es de esos que van soltando su «discursito» para conseguir llevarse a la feminista de turno a la cama.

Por eso, yo que ya vengo curada de espanto, permíteme decirte que ese es el futuro que te espera si sigues ahí. En ese círculo tan autoritario y de pensamiento único.

Pero todo no está perdido porque aún nos queda la ciencia y los datos estadísticos para comprender la realidad de la naturaleza que nos rodea.

También te digo que, si te marchas, puede que te señalen de «alienada» o «burguesa» para burlarse de ti. Debido al odio desenfrenado que lo caracteriza.

Por último, hace tiempo que dejé de mirar si alguien es de «derechas» o «izquierdas» para empezar a conocerlo. Ni siquiera si es feminista o no. Así que deja de usarlo como un detector de buenas o malas personas y tus relaciones mejorarán, te lo aseguro.

Mi único objetivo al escribir este libro es que puedas elegir de qué quieres formar parte o, incluso, si no quieres serlo de nada. Es tu libre decisión.

CAPÍTULO I.

La llegada a Granada

«Ring, ring», sonó de repente el teléfono.

—¿Sí? —Contestó Sara.

—Somos de la Universidad de Granada y le comunicamos que ha sido admitida. —Sara saltó de alegría. Su sueño por fin se había cumplido después de tanto esperar. Quería volver a retomar la carrera de Criminalística, la cual abandonó años atrás tras un altibajo.

—En septiembre empezarán las clases y podrá conocer a los nuevos alumnos.

—Allí estaré el primer día —le afirmó esta con seguridad.

—Un saludo y que tenga un buen día —se despidió entonces la secretaria desde el otro lado.

Aquella tenía 25 años y vivía con su novio Miguel de 32 en un piso de Murcia. Era una casa que los padres de este le prestaron provisionalmente y, aunque solo llevasen tres meses juntos, ya habían experimentado varias discusiones por ser el anterior bastante dogmático. Por ejemplo, se enfadaba cuando Sara dejaba migajas desperdigadas sobre la mesa o se le derramó un poco de agua al verterla desde la botella. También le molestaba que no se limpiara la boca inmediatamente después de comer o que dejase la marca de sus labios en el vaso, además de querer imponerle sus mismos valores y creencias (por ejemplo, el ateísmo). Todo esto le producía tanta ansiedad a la chica que se escapaba a la azotea para calmar sus nervios, pero él enseguida se tumbaba a su lado sobre el suelo de baldosas rojas. Por si fuera poco, tenía la mala costumbre de solaparla cuando entablaba conversación con otras personas al pensar que la estaba protegiendo.

Por su parte, a la estudiante le gustaba que la defendiera de otros chicos, aunque reconocía que a veces se sobrepasaba al ponerse demasiado agresivo con quien intentaba flirtear (o eso le parecía a este). Pero ella era consciente de que a menudo usaba el chantaje emocional, rompiendo a llorar con bastante facilidad, y por eso los amigos de Miguel pensaban que era una «neurótica» o que estaba «falta de atención». Excepto por esas cosas, la pareja se llevaba bien. El chico estaba escuálido, tanto como para dar la impresión de padecer alguna enfermedad. A esta ayudaba su tez pálida y que careciese de pelo en todo el cuerpo debido a un trastorno causado por el estrés, según le confesó en una ocasión. Pero lo más importante es que le gustaba tal y como era físicamente, dándole igual lo que opinasen los demás.

—Sabes que ahora tendremos que mudarnos para que yo pueda ir a la nueva universidad, ¿Verdad? —dijo ella a su novio.

—Bueno, podrías estudiar otra cosa —le contestó este. —Aquí tenemos de todo, piso, dinero, etc. ¿Sabes lo que es ir a una ciudad nueva y empezar de cero?, tendríamos que buscar otro piso, cambiar de ambiente, etc. —le insistió.

—Ya —respondió aquella—, pero estoy dispuesta a hacerlo. ¿Tú no? —le preguntó de nuevo.

—¿No has pensado que aquí podrías estudiar otra cosa?, ¿Te acuerdas de cuando tuve que ir corriendo para echar la inscripción del otro? Eso no lo hubiera hecho cualquiera por ti —volvió a replicar este. La chica recapacitaría y entonces sintió un poco de culpa, pensando en lo mucho que la debía de querer al recordar cómo vino lleno de sudor por ser el último día. Aquello sucedió el anterior verano, cuando reflexionaba en hacer un grado de formación profesional si no la admitían en la Universidad de Granada, pero ahora que recibió la llamada estaba dispuesta a irse.

—Yo no sé si lo haré—le comentó finalmente el chico.

—Vente, por favor. Haremos una nueva vida, con nueva gente. ¿Tanto esfuerzo supone para ti? —suplicó Sara, ahora poniéndose un poco nerviosa—. Buscaremos un piso y conoceremos a otras personas, ¿No es eso excitante? —intentó convencerlo.

—¿Y el perro? —le cuestionó Miguel, el cual tenía uno pequeño—. Ya sabes que es muy difícil encontrar una vivienda donde dejen entrar a los animales no humanos —dijo en jerga vegana.

—Ya lo sé, pero aun así podemos intentarlo —le volvió a insistir esta. —Venga, anímate. A ti también te vendrá bien cambiar de aires.

—No estoy seguro —contestó él. —Y si decido no irme, ¿Preferirás tus estudios a seguir con tu pareja? —Le preguntó esta vez para ponerla en un aprieto y esta pensó en si estaría siendo algo egoísta al poner en riesgo su relación, aunque en el fondo supo que no podía renunciar a sus estudios.

—Lo tendré que pensar —respondió ella algo dubitativa mientras pensaba en la reacción de su padre, el cual siempre fue muy exigente en ese aspecto.

Sara siempre había sido muy buena estudiante, pero de niña la llamaban «gafas culo de botella» (practicó el método del doctor William Horatio Bates, descrito por Huxley en *Un arte de ver*, 1942, pero sus dioptrías aumentaron) o «anciana» por su postura espontánea encorvada (que más tarde corregiría con un corsé ortopédico). Estaba acostumbrada a que sus compañeros le hicieran bromas pesadas como esconder su mochila, tirarle bolitas de papel, llenar su pelo con típex o poner zancadillas a su paso y si no se le daba muy bien hacer amigos, menos todavía defenderse de sus enemigos. Por ejemplo, en la secundaria, el *bully*[3] de turno la alzó por debajo de sus axilas hasta verse su sujetador con el objetivo de humillarla. Y cuando por fin reunía el valor suficiente para contar lo ocurrido lo único que conseguía es que sus agresores recibieran una simple «llamada de atención» o, peor aún, que le tomasen más tirria por «chivata». Soñaba con que su amor platónico la salvara de todo esto y una de las principales razones de porqué despertó tantas envidias se trataba de sus brillantes calificaciones durante la primera etapa escolar. Quizás además contribuyese que a veces no quería prestar sus apuntes o que los profesores le regalaran numerosos elogios por su buena conducta, ya que apenas hablaba.

Sin embargo, a pesar de tener mucha flexibilidad y encantarle jugar a *Twister*, era muy mala en el deporte y huía de miedo cuando le lanzaban una pelota en la hora de gimnasia. Aquello explicaba por qué nadie la escogía para formar su equipo y sentía que aumentaba su sensación de soledad, junto a la disminución de la autoestima. No podía evitarlo, detestaba las actividades competitivas como las carreras de velocidad, el baloncesto, el fútbol o el *volleyball*. En concreto, recordaba cómo entraba en pánico cada vez que iban de visita a la piscina pública para aprender a nadar y siempre sufría de diarreas justo antes. Pero, para desgracia suya, estas eran las únicas que impartían en su colegio y por eso se preguntaba por qué no podía practicar algo que les gustara más a las chicas en general. Algo en lo que no pudiera compararse con los chicos porque a menudo observó que en cuanto aquellas alcanzaban la preadolescencia ponían diversas excusas (la regla, dolor de barriga o tobillo…) para librarse de participar el mayor tiempo posible. En cuanto a las actividades que más le atraían eran la danza, el patinaje, el tenis, el pádel o el bádminton, la gimnasia rítmica, el yoga, el pilates o incluso el levantamiento de pesas pequeñas. Por último, a los niños que no querían jugar con estas los profesores les daban a entender que odiaban a las mujeres y ponían en duda su gusto sexual.

Volviendo a lo anterior, en especial había una niña que desde preescolar le tomó tal manía que le tiraba del pelo, hacía burlas o muecas para imitarla

y hasta pintarrajeó su libro con arcilla cuando se despistó solo un momento. Se trataba de Virginia, la cual tenía la peculiar costumbre de arrancarse las postillas antes de que se desprendieran de forma natural igual que Sara lo hacía con la piel plástica de sus muñecas *Barbie*. En no pocas ocasiones su madre intentó hablar con la de la propia, pero se limitaba a excusarse con que a la suya también la agredieron «unos alumnos mayores» como si fuese una razón suficiente. No obstante, a medida que pasó el tiempo y se cogieron confianza, la mujer acabó confesando que su marido la maltrataba y que la niña era testigo de los violentos episodios. Así descubrió que su hija se había convertido en el chivo expiatorio con el que esta descargaba la rabia que en realidad sentía hacia su padre, aunque eso no la eximiese para nada de su mal comportamiento.

CAPÍTULO II.

La rutina

Era un caluroso día de verano del mes de agosto cuando la pareja se encontraba empaquetando sus maletas para emprender el viaje a su nuevo hogar. Sara pudo convencerlo después de varios días de conversación y este accedió a acompañarla para que volviera a retomar sus estudios, aunque fuese un poco reacio al principio. Llamaron a muchos pisos y, a pesar de que la primera semana se alojaron con una familia gitana que no le devolvió la fianza, encontraron uno a 15 minutos de la universidad. Además admitían a su perro, tenía tres habitaciones y era tan espacioso que pensaron en compartirlo con otro inquilino. Pero a medida que avanzó la convivencia se les fue olvidando la idea.

Ella se limitaba a ir a las clases mientras que el otro se encargaba de las tareas de la casa, al no necesitar trabajar porque sus padres le disponían del dinero que iba necesitando. Aunque las comidas las prepararan juntos, su novio era el que mejor sabía cocinar platos como arroz o pasta con diferentes salsas. Y, al ser los dos veganos, lo tenían muy fácil en ese aspecto. Se conocieron a través de Facebook y lo que más admiró de este fue su compromiso activo y diario por la liberación animal (*All that dwell therein*, 1982; *The case for animals rigths*, 1983; *Animal sacrifices*, 1986; *Struggle for animal rights*, 1987; *Rain without thunder: The Ideology of the animal rights movement*, 1996; *Introduction to animal rights: Your child or the dog?*, 2000; *Defending animal rights*, 2001; *Animal rights, human wrongs*, 2003 y *Empty cages*, 2004), a pesar de que frecuentemente se formaran broncas y como consecuencia fuese expulsado de numerosos grupos virtuales. Así que un día decidió ir a visitarlo a Murcia, la ciudad donde vivía el chico, y este la esperó en el aeropuerto con una flor marrón en su mano.

—¿Qué desean tomar? —Les preguntó amablemente el camarero una vez instalado en un bar que ponía música rockera y sus paredes eran complemente negras.

—Una cerveza Heineken —respondió él porque esa marca no contenía ningún producto animal ni había sido aclarada con escamas de pescado como la mayoría.

—Yo, un zumo de naranja —contestó Sara, que nunca bebía alcohol porque no le gustaba y en más de una ocasión sus compañeros se rieron por tal motivo. —¿Te gusta el nuevo piso? Parece que Rocky se ha adaptado —dijo refiriéndose al can de este.

—Sí, aunque echa de menos su casa —le respondió aquel porque lo conocía muy bien. —Estoy tan contento de que estemos juntos a pesar de estar lejos. —Pronunció luego.

La estudiante entonces sonrió contenta. «¡Ay!», soltó de repente girando su cabeza porque notó un pequeño empujón en su hombro izquierdo. Resultaba ser un chico que estuvo detrás suya desde que llegaron y que tropezó sin querer al desplazarse porque en ese lugar había bastante bullicio y no cabía ni un alfiler.

—¿Qué le haces a mi novia? —Le recriminó Miguel esta vez muy excitado. Ante su reacción, aquel se quedaría pasmado y después les pidió perdón. —Ese tío quería ligar contigo —advirtió mientras lo seguía con su mirada hasta que saliera por la puerta.

A veces su novio pecaba de protector porque veía malas intenciones en todas partes. Por ejemplo, no le gustaba que chateara mucho con algún amigo y por eso le hacía muchas preguntas. Ella incluso llegó a sentirse culpable de no ser tan celosa en otra ocasión que una mujer se acercaría para ofrecerle una copa de vino y este la rechazó, ya que la miraba como si esperase alguna acción por su parte. Pero finalmente no hizo nada porque sabía que podía defenderse (o apartarse) por sí solo. Justo cuando cumplieron seis meses de estar juntos, llegó la Navidad y ambos se separaron para ver a sus padres. Aquel a Murcia y esta a Almería, su ciudad natal. Sin embargo, días antes de Año Nuevo la universitaria subió a verlo y durante ese tiempo no pararon de surgir problemas debido a las manías de Miguel. Hasta se atrevió a burlarse de su acento andaluz y le dijo que no sabía hablar tras haberla imitado, siendo esa la gota que colmó el vaso.

—Estoy pensando en dejarlo —ella le soltaría en Nochevieja y su pareja empezó a sollozar como una «magdalena».

—Intentaré cambiar. Pero tú también debes hacerlo con las cosas que me molestan —decía el chico y después añadió—: Esto solo es una fase de adaptación por la que pasan todas las parejas, ya verás cómo estaremos mejor. Estoy seguro, cariño —le prometería y, al verlo en ese estado, Sara se sintió tan mal que volvería a darle otra oportunidad.

CAPÍTULO III.

La infidelidad

Pasadas las Navidades, la chica tuvo que volver a Granada y Miguel le comunicó que tardaría unos días en llegar porque tenía que resolver unos asuntos con sus padres. Una vez en casa, entabló una conversación por el móvil con un compañero que había conocido en clase. A ella le atraía porque era alto y muy delgado, con el pelo castaño claro. Finalmente, tras intercambiar varias frases, él le ofreció tomar algo en su piso de estudiante esa noche y no pudo decir que no.

—¿Quieres comer algo? —Le ofreció Víctor, que así se llamaba este.

—Sí, si tienes unas setas puedo cocinarme algo —respondió Sara.

—Claro, mira en el frigorífico y seguro que encontrarás algo—. Él ya había cenado antes de que llegase. Sara rebuscó en su cocina y encontró salsa de soja y un par de ajos con los que hizo un sofrito en la sartén, junto a un puñado de champiñones. Cuando terminó de cenar se sentó en el sofá donde aquel todavía estaba reposando desde que había llegado, el cual se encendió su tercer o cuarto cigarro y le preguntó mirándola atentamente a los ojos—: Y dime, ¿cuánto tiempo hace que llevas con tu novio?

—Seis meses, pero no nos llevamos muy bien —respondió la estudiante sin pensárselo dos veces.

—¿Y eso? —Quiso saber más Víctor.

—Pues… es un poco celoso y me agobia demasiado; además, tenemos muchas discusiones y estoy pensando en dejarlo —se explicó ella con total sinceridad.

—¿Sí? —Volvió a preguntarle este mientras le pasaba la mano por su abdomen.